

¿POR QUÉ ESCRIBO?

A veces,
olvido por qué
-yo-
escribo.

¿Para vencerle al miedo?
¿Cómo acto de rebelión?
¿En representación de lo colectivo?
¿Cómo acto político?

¿Por qué escribo?
-Como grito-.
¿Individual o colectivo?

Escribo por el yo
-porque-

Yo escribo para detener el tiempo.
Seguir oyendo -eternamente-
el silbido de mi abuelo.

Seguir -eternamente-
recogiendo las migajas de pan
hasta el borde de la mesa
-y que se me caigan fuera-.

Jugar a apostar garbanzos
aunque siempre pierda a las cartas
y nunca me guste perder.

Para tirar los dados cuando
matábamos los domingos
jugando al parchís.

¿Por qué escribo?

Porque mi abuela se ha perdido,
porque mi abuela sigue viva
y el abuelo ha muerto.

Para relativizar lo pequeño,
para detener el tiempo.

Escribo para recordar que
 -yo-
 seré otra poeta desconocida.

Para ser olvidada,
-detenerme en la huida y aprender a ir-.

Para reconocer que hay decenas
de cosas que aun no entiendo
-y que no me gusta perder-.

Escribo para sentirme pequeña
 en una marea de escritores.
 Y para, cuando me voy,
 no soltar el sonido del mar.

Para que la sal empape todos mis poemas
-incluso los que aún no son poesía-.

Escribo para nunca olvidar a mi abuelo
-aunque a veces dude
cuánta verdad quede en mis recuerdos-.
Y para ver al abuelo
que nunca conocí.

Para aprender a decir la verdad
aunque sea en mi poesía
-aunque en el arte siempre mienta-.

Escribo por mi padre,
que me leía cuentos todas las noches
antes de ir a dormir.

Porque mi madre sigue dándome
un beso en la cama,
y yo atesoro la sensación
cuando vuelvo -a huir- a Madrid.

Escribo porque quería ser como mi hermana,
 y mi hermana quería escribir.

Escribo para contarte 10 veces lo mismo,
y que cada vez suene distinta a la anterior.

Por los días que tengo roto el corazón,
por los textos en prosa
que se leen en verso.
Por vergüenza,
por compasión.

Escribo por ego,
aunque mi abuelo ha muerto,
mi abuela está muriendo,
y son los únicos
a los que dedicaría todos mis poemas.

Escribo porque las personas a las que más
he querido nunca sabrán que,
en algún momento, empecé a escribir.

Escribo por las veces
que me dijeron que dejase de llorar,
y todas las que me hicieron pensar
que el arte era inservible.

Porque no he conseguido vencerle al miedo,
sigo teniendo vergüenza
-y sigue sin gustarme perder-.

Escribo porque la poesía aun no me ha
curado el corazón,
por las veces que me canso de luchar
y por todos los días que quiero rendirme.

Escribo por mí,
y un poco por ti,
y mucho por los abuelos.

Para aprender, yo también, a silbar.
Porque llevo años intentándolo.

Porque no sé hacer nada más.
Por todo eso sigo escribiendo.

Y me importo sin sellos
a otro cuerpo
-buscando un lugar más cálido que habitar-.

No lo encuentro.

Nunca me he importado,
así que me clavo las aristas
de terminaciones afiladas,
curvas que hacen ángulo
-en dentro, en fuera,
en cuestiones matemáticas-.

Y tú no entiendes.

Que lo que en realidad quiero decir
es que mi geografía nunca es
demasiado grande o
suficientemente pequeña

para habitar allí.

LA NAVAJA

Cuando mi abuelo murió
-como nunca había tenido mucho-
y se repartieron sus joyas
-que eran escasas-
al ser la última me quedé con
las manos vacías
de oro y plata.

A mí,
en su lugar,
me tocó el metal ya poco valioso,
ya oxidado,
de una vieja navaja
que, con el filo gastado,
todavía cortaba.

Cuando murió
-mi abuelo-
r a s g a r o n
mis sueños,
par tie ron
los hilos,
y me entregaron a cambio
un arma.

El conocimiento
de que todo es efímero
y la hoja
-todavía cortante-
de una vieja
navaja.